

LA SIERRA DE SAN PEDRO Y SU ENTORNO



MANUEL GARCÍA VILLALÓN

Me pide SCM que escriba unas líneas sobre la Sierra de San Pedro, pero escribir algo novedoso sobre la Sierra de San Pedro resultaría por mi parte un atrevimiento, así que me voy a conformar con unos párrafos extraídos de un libro que aún tengo por publicar. Es decir, le contaré a SCM cómo la veo yo; cual ha sido mi experiencia.

Hace muchos años quise escribir un poema que empezaba así: *Huele a campo, huele a monte, huele a corcho, huele a jara, huele a humo, huele a paja, huele a niebla, huele a helada, huele a heno, huele a estiércol, huele a caza...* *Se oyen grillos, se oyen ranas, suena el viento, suena el hacha, se oyen trinos, se oyen calmas, suenan cuernas en las bramas...* Y lo remataba de esta manera: *Chaparros en las laderas, carnascas en las vaguadas, cantuesos y esparragueras con tojos y cornicabras. Madroños entre las breñas, espadañas en las charcas, lentiscos en las umbrias y brezos en las solanas. ¡Poca hierba y poca agua, mucha piedra y mucha jara! Hay regatos, hay veredas, hay caminos a mansalva, pedrizas y carboneras, y siembras que no dan nada...* *Y un cortijo desolado, y cobertizos y cuadras, y el fantasma allá a lo lejos de unas viejas corraladas. ¡Así es mi sierra extremeña, que se está quedando en nada!*

No pretendía ser poeta, sencillamente quería exponer en unas torpes líneas lo que supone para mí esta sierra extremeña tan distinta y tan cautivadora para todo aquel que la conoce.

Porque la Sierra de San Pedro es distinta, distinta de otras sierras que yo pueda conocer. Y lo es porque es distinta en su historia, en su orografía, en su topografía, en su suelo, en sus arroyos y regatos, en su flora, en su fauna, en sus cultivos y ganados, en su caza, en su pesca y... en sus gentes, por supuesto.

Escribía en el prólogo de *La historia y la caza en la Sierra de San Pedro*, que la historia ha condicionado de una forma muy particular a esta sierra extremeña. La evolución a través del acceso a la propiedad; la influencia de los ganados mesteños provocando la desaparición de grandes superficies debido al fuego que prendían los pastores en el monte bajo en su afán por disponer de más y más pastos para sus cabras y ovejas; las desamortizaciones del siglo XIX; y hasta las guerras, que obligaron a continuos flujos de emigración de su escasa población dejando en ocasiones la sierra prácticamente deshabitada. Todas esas situaciones han tenido mucho que ver con la actualidad de la Sierra de San Pedro.

En cuanto a situación geográfica, su orografía, sus redes fluviales y sus suelos me voy a limitar a copiar lo que decía en *Las Umbrías de Pilequi*:

Se trata de una cadena montañosa de los Montes de Toledo situada al suroeste de la provincia de Cáceres, que se inicia en Alcuéscar y remata en la frontera portuguesa, a la altura de Cedillo. Tiene una longitud de 90 km y una superficie de casi 400.000 ha.

Aunque en otras épocas se encontraban algunos pequeños núcleos de población en el interior, hoy día los núcleos de población se encuentran en las zonas periféricas, a excepción de El Rincón de Ballesteros.

La limitan por el norte los ríos Salor y Ayuela y los puertos de El Clavín y Las Herrerías. Por el sur la sierra desaparece poco a poco hasta confundirse con las grandes dehesas abiertas de los términos de La Roca de la Sierra, San Vicente de Alcántara y Alburquerque.

La conforman innumerables serretas menores con valles de gran asimetría encajados entre ellas. Todas esas sierras menores tienen las mismas características: roquedos en las cuchillas, bosque y matorral en las laderas, y valles adehesados con riveras, riachuelos y regatones que dependen exclusivamente de un régimen de precipitación desgraciadamente bajo.

La mayor parte de su superficie se encuentra entre la cota de los 200 y los 400 m, no sobrepasando las cumbres más elevadas los 700 m de altitud.

El suelo lo forman cuarcitas, calizas, y esquistos con algunos afloramientos de rocas de origen volcánico, hecho que supone un ecosistema con una flora muy variada y plural.

Conviene recordar la importancia del suelo en la producción de las distintas masas vegetales. Se trata del medio en el que arraigan y viven las plantas, siendo una formación natural de superficie de estructura blanda y espesor variable, resultado de la transformación de la roca madre subyacente como consecuencia de diversos procesos físicos, químicos y biológicos. De forma resumida el suelo lo componen cinco elementos principales: arena, arcilla, limo, cal y humus. La proporción de estos cinco elementos, unida a la riqueza en nitrógeno, fósforo, potasio y la reacción (pH), resulta determinante para la cantidad y calidad de la masa vegetal. Y la Sierra de San Pedro es pobre en cal, en nitrógeno, en fósforo y en potasio, es de reacción ácida y es tan pobre en humus que hasta hace relativamente poco era práctica habitual el redileo o majadeo, que consiste en cambiar cada cierto tiempo las dormidas de los ganados para así enriquecer el suelo con sus excrementos y orines aumentando la materia orgánica.



Sierra de San Pedro

Como no quiero entrar en disquisiciones técnicas que no me competen, hablaré de la flora y de la fauna que conozco, de las especies que he encontrado en mis correrías serranas durante tantos años.

Hay tres especies autóctonas que a la vista de cualquier visitante definen la Sierra de San Pedro: la encina (*Quercus ilex rotundifolia* Lamk.), el alcornoque (*Quercus suber* L.) y la jara pringosa (*Cistus ladaniferus* L.). Se podría decir que prácticamente la totalidad de la Sierra de San Pedro está ocupada por estas tres especies. Pero no es así. Sobre todo en lo que se refiere a la flora arbustiva y a esas pequeñas hierbas que cubren la superficie del suelo si el tiempo acompaña.

De forma puntual se pueden observar otros árboles autóctonos, como galaperos (*Pyrus bourgaeana* Decae.), acebuches (*Olea europaea oleaster* Hoffmans.), majuelos (*Crataegus monogyna* Jack.) y otras especies.

Sin embargo, es en el sustrato arbustivo donde hay mayor dificultad para identificar otras especies distintas de las jaras pringosas, tan abundantes, olorosas y llamativas. Por ejemplo, los brezos, ya sean las quiruelas de florecitas rosadas y globosas (*Erica umbellata* L.), o las breccinas de florecitas también rosadas y brevemente pedunculadas (*Erica vulgaris* J.). Por ejemplo, los espectaculares madroños de frutos rojos en la madurez (*Arbutus unedo* L.). Por ejemplo, toda suerte de escobas y escobones de los géneros *Retama* y *Cytisus*. Por ejemplo, los durillos que crecen en las umbrías, de cortezas rojizas y flores blanquecinas (*Viburnum tinus* L.); o las carrasquillas de las solanas con su

corteza gris y sus flores amarillas (*Rhamnus alaternus* L.); o las espinosas ahulagas en matorrales calcáreos con llamativas flores también amarillas (*Genista hirsuta* Vahl L.)... He querido dejar para el final las tres especies arbustivas que gozan de mi predilección por ese inconfundible olor a monte, ese bendito olor a monte extremeño: el cantueso (*Lavandula stoechas* L.), el romero (*Rosmarinus officinalis* L.) y el geranio de monte (*Geranium robertianum* L.).

¿Cuántos libros, artículos y separatas se han escrito sobre la fauna ibérica, sobre la fauna extremeña? Por eso, estando en la mente de todos esa inmensa lista de especies del reino animal que habitan en la Sierra de San Pedro y su entorno, yo me voy a limitar a aquellas que a mí me llaman más la atención por una u otra cuestión.

Por mi innegable afición a la caza está claro que el venado, el jabalí, el muflón, el gamo, la zorra, el conejo, la liebre, la perdiz, la paloma torcaz, la tórtola (la auténtica, la *Streptopelia turtur*), y hasta el zorzal, todas presentes en la Sierra de San Pedro, son especies muy significativas para mí. Pero no se trata hoy de hablar de caza.

De los mamíferos destacaré especialmente cuatro: la gineta, el tejón, la nutria y el meloncillo.

La gineta (*Genetta genetta*). Abundante, pero difícilmente observable por sus hábitos nocturnos y por su facilidad para ocultarse en el tuco de cualquier árbol. Es un animal muy valiente, a pesar de su pequeño tamaño.

El erizo (*Erinaceus europaeus*). Es un animal de aspecto antediluviano, con el cuerpo cubierto de aceradas púas que se enrosca sobre sí mismo para eludir el peligro y que, sin embargo, no encuentra solución para escapar de los automóviles que circulan de noche por las carreteras.

El tejón (*Meles meles*). Es otro depredador nocturno de nuestros campos serranos, pero no sé cual es la razón por la que lo he dejado de ver yo qué sé el tiempo. Es un animal con personalidad, luciendo con elegancia su traje de rayas blancas y negras.

La nutria (*Lutra lutra*). Parece no cansarse de jugar en el agua. Muy difícil de observar. Yo tuve localizada a una familia de nutrias en el remanso de un riachuelo próximo a Jaramediana y en apenas dos años desaparecieron para siempre.

El meloncillo (*Herpestes ichneumon*). Hasta su nombre me resulta feo. ¿Qué hace esta fiera desconocida en la Sierra de San Pedro? ¿Quién la introdujo? ¿Con qué fin?

Entre las aves querría comentar alguna cosa sobre la garcilla bueyera, la gaviota, el cormorán, la garza real, el rabalargo, la urraca, el águila imperial, los buitres - leonado negro -, el mochuelo, la cigüeña negra, la avutarda, el mirlo, el abejaruco y la abubilla.

De las tres primeras, la garcilla bueyera (*Bubulcus ibis*), la gaviota reidora (*Chroicocephalus ridibundus*) y el cormorán (*Phalacrocorax carbo*) cabe la misma reflexión que hice hablando del meloncillo: ¿Qué hacen por aquí? ¿A qué han venido? ¿Sólo a realizar una limpieza en los vertederos municipales? Lo digo porque, con su voracidad sin

límite, también están acabando en ríos, lagunas y charcas la rica fauna de pequeños reptiles, peces y anfibios.

De los rabilargos (*Cyanopica cyanus*) y urracas (*Pica pica*) vengo observando en los últimos años una disminución de sus poblaciones, sobre todo en la urraca. El rabilargo tengo la sensación que ha limitado su hábitat a áreas muy determinadas, no sé si por la feroz competencia que reina hoy en nuestros campos.

Del águila imperial (*Aquila adalberti*) y de los buitres leonados (*Gyps fulvus*) y negros (*Aegypius monachus*) sólo resaltar que son los soberanos de nuestros cielos con su vuelos imponentes y calmados. Y además, el águila imperial, como otras águilas, dedicando su caza a las especies más debilitadas o enfermas; y los buitres realizando la ingrata tarea de eliminar de nuestros campos la carroña de animales muertos por cualquier circunstancia.

El mochuelo (*Athene noctua*) es un animal nocturno, solitario y pequeño, que se pasa las horas muertas subido en su atalaya observando la presencia de cualquier roedor que se le ocurra salir de su madriguera y ponerse a tiro, y todo sin moverse, únicamente con la garantía que le ofrece poder girar su cuello en un ángulo de 360 grados.

La cigüeña negra (*Ciconia nigra*). A mí me gusta más que su prima la blanca, sobre todo porque la negra se viene para acá desde África, hace lo que tiene que hacer, y regresa de nuevo al continente negro; es decir, se marcha, no se queda aquí a verlas venir, a vivir de la sopa boba en cortijos, campanarios y en los grandes árboles de nuestros jardines.

La avutarda (*Otis tarda*), es la mayor ave de nuestros campos. Su presencia en la Sierra de San Pedro se reduce a los grandes llanos despejados de sus estribaciones. Aconsejaría contemplar la rueda de los grandes machos cortejando a las hembras en la época de celo. Es sencillamente único, incluso quizá más sublime que el cortejo de una pareja de somormujos surcando las aguas.

El mirlo (*Turdus merula*) es un pájaro que me entusiasma con sus melódicos trinos, que suenan igual en un jardín que en lo más profundo de una mancha de la sierra con un vuelo asustadizo que nos avisa de la presencia cercana de un animal mayor, como lo pueda ser un jabalí o un ciervo.

El abejaruco (*Merops apiaster*) y la abubilla (*Upupa epops*) son dos especies que llenan de colorido las zonas más despejadas del entorno de la Sierra de San Pedro.

En cuanto a especies de otro tipo que abundan en la Sierra de San Pedro también hablaré únicamente de unos pocos: la salamanquesa, la lagartija ibérica, el galápago, la culebra bastarda, los alacranes, las escolopendras y las tarántulas.

De la salamanquesa (*Tarentola mauritanica*) me llama la atención su soledad y su paciencia esperando en la pared blanca de una vivienda, cuadra o cobertizo la llegada de una polilla. Luego, a esperar a la siguiente manteniendo la verticalidad y el equilibrio.

La lagartija ibérica (*Lacerta lepida*) es un pequeño reptil de lo más simpático. Si permaneces completamente quieto es capaz de encaramarse a tu brazo para observarte con

curiosidad. Y rápidamente sale pitando cuando recuerda que es la hora de la comida.

El galápago (*Emys orbicularis*) es un reptil quelonio que causa extrañeza llevando su casa a todas partes, pero sin alejarse demasiado del agua, en cuyas orillas se reúnen en pandillas para tomar ese sol que le permite que su sangre fría se convierta en caliente para poder manejarse con soltura.

La culebra bastarda (*Malpolon monspessulanus*) es una imponente culebra que sobrepasa los dos metros de longitud y que te pone el corazón en un puño cuando te encuentras de sopetón con ella. Pero no es venenosa, bueno sí lo es, aunque la posición de sus dientes inoculadores de veneno están en la parte trasera de la boca, es decir que es inofensiva por su dificultad en morder algo que no se encuentre en el interior de su cavidad bucal. Yo he visto a una poderosa bastarda hacer frente a un turón hasta la muerte de ambos contendientes y a otra zurrada de miedo ante la presencia de unos de esos meloncillos importados.

Y por fin le llega el turno a las tres últimas, a tres bichejos que a algunas personas les causan más terror que un toro bravo: alacranes (*Buthus occitanus*), escolopendras (*Scolopendra cingulata*) y tarántulas (*Lycosa tarántula*). ¿Cuál es el motivo por el que tanta gente tiene semejante pavor a los animales pequeños? ¿Incultura? ¿Leyendas infundadas? ¿Tradiciones nefastas? ¿Tal vez su inquietante aspecto? Me resulta muy difícil comprender estas cosas, pero bueno, se podría disculpar a aquellos que durante toda su vida sólo oyeron *si te pica un alicante, llama al cura que te cante; o si te pica un delabón llama al del azadón; o si el alacrán viera y la víbora oyera no habría hombre que al campo saliera*.

Estoy convencido de que a cualquier persona que le pidiesen elaborar una pequeña lista de animales que habitan en la Sierra de San Pedro habría coincidido conmigo en un alto porcentaje y que en menor proporción se declinaría por otros distintos, pero esa es la grandeza, esa es la riqueza de nuestra fauna, tan bien representada en la Sierra de San Pedro.

Para acabar con esta larga parrafada, hablaré de cómo encontré yo el día a día en la Sierra de San Pedro cuando era pequeño y cómo la encuentro hoy que soy mayor. Y lo haré primero hablando de sus gentes. Hoy existe poca o ninguna diferencia entre la gente de la ciudad y al gente del campo. Pero cuando yo era niño las diferencias eran notorias.

En el mundo rural extremeño la mayoría de los niños nacían con la ayuda de una partera cuyas artes conocía por el peso de la tradición. Luego, con los primeros meses y los primeros años, un significativo porcentaje de la población infantil se exponía a las mismas enfermedades que azotaban al mundo urbano, pero allí agravadas por una absoluta falta de medios. En la mayoría de los pueblos no había agua corriente, el baño o la ducha eran un ejercicio bisiestro; el inodoro no era más que un espacio en las afueras del pueblo; las lavanderas lavaban la ropa en los charcos y regatos; y el agua para beber la suministraban cuatro pozos con brocal y cubo. Tampoco había luz eléctrica, claro, y los alimentos no tenían fechas de caducidad ni códigos de barras, únicamente la experiencia y la prudencia de la mujer de la casa.

No todo el mundo disponía de un cerdo, pero en el día de la matanza participaba todo el pueblo, los hombres, en la ardua tarea de conducir al animal hasta el lugar de sus últimos gruñidos, de atarlo, de degollarlo, de desangrarlo, de pasarle el baleo para quemarle las cerdas y de abrirlo en canal. Las mujeres, cocinando las verduras, lavando las tripas, preparando las artesas, troceando y picando el magro y las mantecas y rellenando las tripas más delgadas para los chorizos y las más gruesas para las morcillas.

Vestidos con una chambra corta y ancha por encima de la camisa, con un pantalón de pana repleto de remiendos y con una gorra o un sombrero, los hombres trabajaban mayoritariamente en el campo, unos en campos ajenos, otros como aparceros en esos mismos campos y sólo unos pocos en sus propios huertos y lejíos. El campo era su único destino desde que amanecía hasta que anochecía.

Las mujeres bastante tenían con tener atendido al marido y con sacar adelante a los hijos. Ellas se cuidaban de que no faltase el pan tierno del día, pan que, una vez asentado, servía para el resto de la semana. En demasiados hogares los panes no eran de trigo sino de centeno o chuscos mezcla de varios cereales. En las despensas - normalmente en un hueco de la alcoba - las patatas, las legumbres y el aceite, y ya en los doblados de las casas, los productos de las matanzas de aquellos afortunados que disponían de un cochino para cebar y sacrificar en su momento. De la matanza únicamente guardaban para su uso las morcillas, los tocinos y algún chorizo. El resto lo ponían a la venta para obtener unos dineros. Lo mismo ocurría con los huevos de unas gallinas que pululaban libremente por las calles. Con la leche hacían queso y guardaban una poca para disimular el sabor de una achicoria que intentaba hacer las veces del café. La única proteína la encontraban en la caza, furtiva o no, de jabalíes, conejos, pájaros, lagartos y ranas.

Con apenas doce años los niños pasaban directamente de la escuela a la tarea de ayudar a sus padres en la faenas del campo, en tanto que muchas niñas se ponían a trabajar como sirvientas en las casas más adineradas del pueblo y de la capital. Aun así unas y otros encontraban tiempo para los juegos en la plaza y en las calles del pueblo: el pídola, el burro, la comba, la jurria, el trompo, el escondite... y hasta para salir al campo en busca de nidos, espárragos, criadillas, poleos, castañas, bellotas y pececillos.

Los jóvenes, en el cine, en un paseo por la carretera, en una escapadita por las afueras y, de higos a brevas, en los bailes y verbenas, aunque siempre vigilados por los mayores.

La calle era quizá el único lugar para la vida social de la mujer. Delante del zaguán de cada casa, reunidas en corrillos, dedicaban el rato al cotilleo mientras zurcían, cosían y repasaban. Con el buen tiempo también los hombres se apuntaban a esas reuniones cuando al anoecer terminaban las faenas. Y al día siguiente, vuelta a empezar.

¿Qué tiene que ver la Sierra de San Pedro de hoy con la Sierra de San Pedro de mi infancia? Nada. Absolutamente nada. Ya no hay ni avutardas, ni sisones, ni perdices, ni liebres, sólo algunos cagarruteros de conejos y un par de azulones en las charcas. Pero es que tampoco se ve un lagarto, ni una coguta, ni una alondra, únicamente milanos, urracas, cormoranes, gaviotas, garzas y garcillas. Ya no hay pastores, ni siembras, ni

monte bajo, ni veredas, sólo vacas, alambradas y caminos. De las viviendas del personal, únicamente de alguna de ellas sale una columna de humo por la chimenea. Las demás están vacías. Ya no hay ni yuntas, ni carros, ni carretas y en su lugar, tractores con palas y remolques.

Sí, hoy, gracias a Salvador Calvo Muñoz, me ha dado por pensar en la situación en que se encontraban las explotaciones agrarias de esta sierra en la época de mi abuelo y en la que se encuentran en la actualidad.

La evolución del campo en general ha sido evidente. Empezando por el profundo cambio que ha experimentado la ganadería, entre otras razones, porque se han intensificado los métodos de producción, porque hoy la alimentación del ganado se hace con piensos compuestos, porque las podas de las encinas están dirigidas a una mayor producción de bellotas, y porque, aunque es verdad que son casos muy puntuales, se han practicado mejoras a base de fertilizaciones y siembras de pratenses. En los tiempos de mi abuelo no existían programas de saneamiento para la erradicación del carbunco y el control de otras enfermedades como la brucelosis, la lengua azul o la peste porcina. La pena es que todo ese proceso se ha llevado por delante algo tan importante como el majadeo, aunque es verdad que también se han ganado zonas donde el ganado no entraba nunca por tener siempre comida de sobra a su disposición. Hoy las fincas son mejores y la ganadería es mejor. El cambio de ovejas por vacas estuvo motivado por el coste de la mano de obra, pero no sólo por los costes de una mano de obra especializada, también porque muchos nuevos propietarios de fincas que se dedicaban también a otros negocios vieron que la mejor opción para no tener desatendido el campo era ese cambio de ovejas por vacas, un ganado que no necesita tanta atención. Sin estar completamente de acuerdo, acepto la determinación de ese cambio de ganados, otra cosa es que tenga mi propia opinión, de que piense que la mayor parte de nuestras tierras ofrecen una disponibilidad y un aprovechamiento tan bajo que no entiendo del todo ese cambio, más si se tiene en cuenta esa máxima tan sabia que dice que la oveja come con los dientes y la vaca con la lengua; y no disponen nuestros campos de pastos que permitan comerlos con la lengua y sí los que están a ras del suelo con los dientes. Desgraciadamente nuestras tierras son como son. A mi particularmente las ovejas me encantan. Un paisaje con ovejas pastoreando y los perros mastines tras ellas lo encuentro especial.

El ganado porcino también ha sufrido un cambio espectacular con el paso del tiempo. Uno de los más importantes ha sido el cambio del genuino cerdo ibérico por otro de mayor formato gracias al cruce con Duroc Jersey. Por otra parte, en aquellos años de mi infancia a los cerdos se les proporcionaba bellota porque el pienso, concretamente el trigo, era mucho más caro, y no porque existiese un estudio serio sobre sus bondades a la hora de su transformación en lomos y jamones. Eso llegaría después. Extrañamente, las cosas marchaban bien con el ganado porcino y como suele ser habitual en los asuntos del campo no puede ser que las cosas marchen bien y rápidamente se presentó una nueva catástrofe, la peste africana.

La superficie dedicada a pastos en grandes áreas de la Sierra de San Pedro se desarrolla en un encinar muy aclarado con abundantes escobas blancas, siendo los vallicares las comunidades de plantas que predominan en las vaguadas, principalmente gramíneas, que tienen el interés, por su aparición tardía, de servir de estivaderos que permiten tener alimentado al ganado sin necesidad de suplementación con paja y pienso concentrado durante la primavera, el verano y parte del otoño. En las charcas predominan las zarzas, las juncias, los juncos churreros y las espadañas, todas ellas de gran importancia al servir de cobijo a un importante número de animales lacustres, desde ranas y aves a pequeños mamíferos. Todo esto ha permanecido igual, pero al no practicarse ya un pastoreo intenso y continuo, la valiosa flora de los majadales ha acabado por desaparecer en esas áreas. La importancia de los majadales estriba en que las plantas que prosperan son precisamente las que gozan de mecanismos de protección frente al mordisqueo del ganado, como disponer de un porte rastrero y de capacidad para enterrar las semillas, consiguiendo así formar una rica y estable comunidad pascícola de tréboles y ricas gramíneas como poas y gramas.

Desde 1960, año en el que situó mi infancia, la producción de corcho en la Sierra de San Pedro también ha ido en aumento, tanto en cantidad como en calidad debido, entre otras cosas, a las miles y miles de hectáreas de repoblación puestas en marcha. Sin embargo, el alcornoque no regenera, pienso que por la mecanización del campo y por las excesivas cargas ganaderas, animadas por las altísimas subvenciones.



Sierra de San Pedro.

no dañar el sistema radicular secundario, que se encuentra casi a ras de suelo. La poda se hacía cada tres pelás, también de forma suave y siempre eliminando todas las ramas en sombra. Por último, la saca se ha venido haciendo cada nueve años, aunque me llegan noticias de que lo ideal sería hacerlo cada diez e incluso cada once años en algunas áreas concretas.

La vida del alcornoque no es fácil, ya que casi desde su nacimiento sufre tres terribles traumas: las labores, la poda y el descorche. Y en los tres hay que poner todo el cuidado del mundo, porque, al margen de su rentabilidad, entiendo que el hábitat más puro para las distintas especies de flora y de fauna que forman el bosque mediterráneo es el alcornoque, por encima de la dehesa de encinas. Las labores en sí se han venido realizando con gradas de forma muy suave para



Sierra de San Pedro.

¿Y cuál ha sido la evolución de la caza? Depende de qué tipo de caza, si es de la caza menor, funesta, desastrosa; es más, es que no hay caza menor. Algunos tendrían que dar explicaciones. Las mías las tengo muy claras: un evidente incremento de las licencias de caza, una disminución de siembras y rastros, la proliferación de tratamientos plaguicidas, la mecanización del campo, y una mala gestión agravada por una nula política cinegética. La caza mayor es el polo opuesto: ha pasado en estos años de contar con cuatro bichos a unas poblaciones de reses desmesuradas. Y algo más; ha vuelto el furtivo, pero no aquel furtivo que cazaba más por necesidad que por afición, el furtivo moderno caza por el placer de hacer daño aprovechando la nocturnidad y sin importarle un pimiento destrozar cercas, dejar cancillas abiertas, o abandonando bolsas de plástico y latas de cerveza.

Ojala que las últimas palabras que remataban mi poema, *así es mi sierra extremeña*, que se está quedando en nada, fuesen escritas con un pesimismo sin fundamento.

MGV